



LA ISLA INACCESIBLE.

Cuento fantástico.

Era un tiempo en que existía una isla, donde nada faltaba de lo que produce los bienes del hombre.

Sus habitantes vivían más de un siglo en salud perfecta, y esta larga vida no llegaba á ser turbada ni por las riñas ni por los pleitos; allí no penetraba la afección á los placeres tumultuosos que la avaricia ha inventado, y solo se pensaba en los gustos y alegrías tranquilas que no producen dolores ni pesares.

La isla había permanecido siempre desconocida al resto de los hombres: sus habitantes eran tan felices que no osaban abandonarla, en tanto que por ningún concepto recibían en sus playas á ningún extranjero, temerosos de que llevase la corrupción á las dulces costumbres de tan venturosos pobladores. Los viajeros de aquel tiempo empeñados en hacer descubrimientos y conquistas, habían pasado y vuelto á pasar mil veces cerca de sus confines, sin tomar de ella la menor noticia, y era que la naturaleza la había ocultado, rodeándola de una cadena de rocas que la hacían inaccesible, dejando tan solo un estrecho paso que conducía á un puerto admirable, el único de la isla.

Además, cuando los hombres buscaron traza para hacer esos inmensos descubrimientos que admiramos, los príncipes de la isla que conocían el poder de muchas hadas que habitaban en aquel país desde tiempo inmemorial, fueron á ellas, y les pidieron impidiesen que los curiosos diesen jamás con su privilegiada isla; y las hadas, circundaron esta de una nube tan espesa que nada á su través podía verse; traza bastante para engañar la perspicacia humana, pues ningún navegante soñó que en medio de aquellas sombras existiese el país más florido y encantador de todo el mundo.

Después de uno ó dos siglos en que seguros los príncipes de la isla en su inaccesibilidad, permanecían tranquilos, tuvieron la funesta curiosidad de saber qué era lo que pasaba en tierra firme, y enviaron de tiempo en tiempo algunos exploradores que estudiaran las costumbres y las cosas extrañas.

Las hadas que preveían cuantos males como producto de esta disposición, habían hecho á los príncipes las más sabias reflexiones para que desistiesen de su propósito.

—¿No sois felices? decían ellas á los insensatos: ¿no lo son también vuestros pueblos?... ¿A qué, pues, quereis saber lo que pasa en otros, si no serán más que desgracias?

Pero esto no hizo más que excitar la curiosidad de los príncipes, que, en efecto, enviaron exploradores á quienes las hadas hicieron invisibles, y dieron el poder de volar de roca en roca hasta los más apartados confines.

Los exploradores se habían dirigido por diversos puntos á las regiones del globo; y siendo de diferentes gustos y de ideas diversas, trajeron á su vuelta las noticias y los juicios más contradictorios. El uno, aterrado por las discordias civiles que había descubierto, tan ajenas de su corazón, decía que las naciones conocidas estaban habitadas por una humanidad de corazón de fiera; el otro, espantado por los vicios sociales cuya existencia tampoco había previsto, relató vigorosamente todo el odio que le inspiraban las terribles consecuencias de la envidia, de la ira, de la ambición, de la lujuria y de la gula, tan desarrolladas en los países que había visto; y por último, el otro, y el otro, y otros más que lo habían visto todo por el lado del color de ro-

sa, se deshacían en elogios y en panegíricos encumbrados acerca de la grandeza de los monarcas de tierra firme, de sus torneos, de sus altos hechos de armas, y del lujo de la ostentación de sus ciudades. No hallaban palabras para encarecer la cultura de los habitantes europeos, el lujo y la magnificencia del Asia, la riqueza de la América, ó el calor y el entusiasmo de los hijos de Omar; y sobre todo no sabían cómo espresar la sabiduría europea elaborando é inventando tantos medios para hacer cómoda y espléndida la existencia intelectual y física de los hombres.

Reunióse la corte para deliberar acerca de tan encontradas nuevas; y claro es que asistieron al consejo las hadas opositoras al exploramiento realizado. Confusos estaban todos al escuchar el debate de los viajeros que sostenían con fuego sus respectivas convicciones, cuando estendiendo la mano una de las hadas, exclamó:

—Lo veis? Hé aquí introducida la discordia!... Hé aquí el germen de los males que os van á sobrevenir!... ¿Quién tiene razón, quereis saber?... Os diré que todos. Sí, todos los exploradores han estudiado cada uno de los lados de la sociedad desconocida que buscáis; y reunidos los votos de cada uno forman el solo, el único juicio á que debemos atenernos. Los hombres que no conocemos son sabios, son magníficos, son superiores; pero las pasiones los dominan; y la lucha del bien y del mal que en ellos acontece les hace desgraciados. ¿Qué necesidad teneis de sufrir esos embates? Si ellos son superiores en el arte, vosotros lo sois en la naturaleza. ¿Para qué necesitais su ostentación si sois sobrios? ¿Para qué sus comodidades si vuestra naturaleza las desafía? ¿Para qué sus artes si todo os sobra?

Las razones de la hada fueron consideradas en su valor por los príncipes, quienes procuraron borrar hasta el recuerdo de su exploración en los países limítrofes: conservóse empero entre los habitantes, una especie de curiosidad, que en vano se procuró ahogar; siendo las más severas leyes otros tantos alicientes para mantenerla de una en otra generación; por manera que aquellos descubrimientos, casi ignorados, empezaron á minar la dicha perpétua que en la ignorancia fundaban aquellos privilegiados seres.

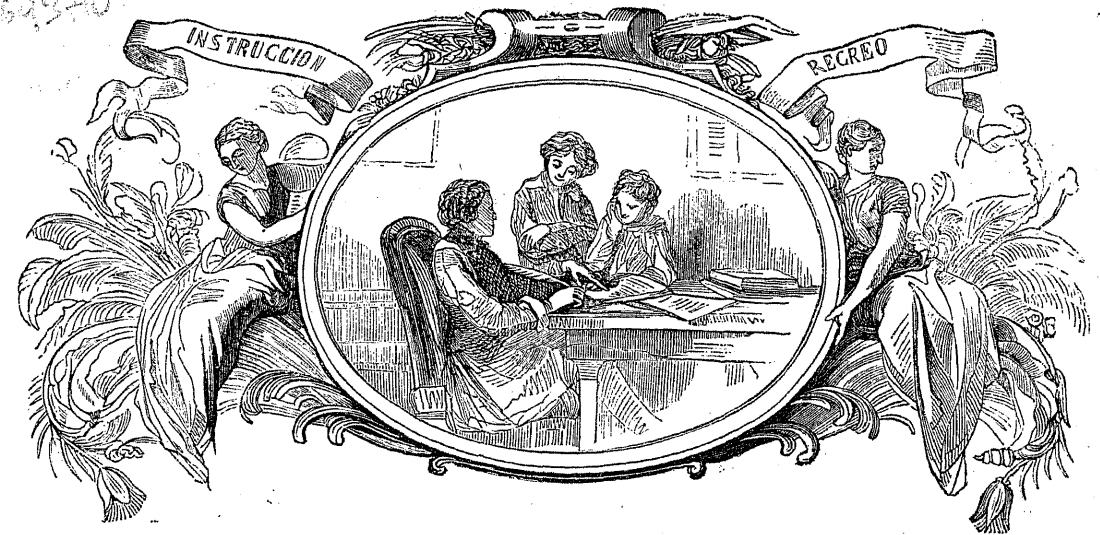
Así pasaron los años, sucediéndose unos á otros los más pacíficos y prudentes monarcas en el dominio real de aquel desconocido Estado, cuando por una de esas combinaciones comunes á la naturaleza, quedó por reina de la Isla Inaccesible, la princesa Flora, jóven de belleza extraordinaria, y ciega apasionada del brillo y de la superioridad humana. Habiada de la monótona paz que se experimentaba bajo su imperio, sintió decidida inclinación á aprovecharse de las noticias que respecto al resto del mundo, si bien con asaz contrariedad é incertidumbre, había adquirido; y continuar las exploraciones, acabando por ponerse en contacto con tierra firme. El móvil de estos sentimientos era la ambición de la superioridad, y tal vez la del amor.

—¿Qué necios fueron mis antepasados!... decía la reina á su favorita. ¿Cómo pudieron haber permanecido aquí oscurecidos, cuando en ese mundo tan amplio que se nos asegura existe, hubieran podido tener un lugar entre los héroes del universo? No, no: yo no les imitaré: quiero ser reina... una verdadera reina! Quiero ser conocida fuera del estrecho circuito en que domino.

Guardaba silencio la favorita.

618819.60
42062,9710

129



LA ISLA INACCESIBLE.

Cuento fantástico.

Era un tiempo en que existía una isla, donde nada faltaba de lo que produce los bienes del hombre.

Sus habitantes vivían más de un siglo en salud perfecta, y esta larga vida no llegaba á ser turbada ni por las riñas ni por los pleitos; allí no penetraba la afección á los placeres tumultuosos que la avaricia ha inventado, y solo se pensaba en los gustos y alegrías tranquilas que no producen dolores ni pesares.

La isla había permanecido siempre desconocida al resto de los hombres: sus habitantes eran tan felices que no osaban abandonarla, en tanto que por ningún concepto recibían en sus playas á ningún extranjero, temerosos de que llevase la corrupción á las dulces costumbres de tan venturosos pobladores. Los viajeros de aquel tiempo empeñados en hacer descubrimientos y conquistas, habían pasado y vuelto á pasar mil veces cerca de sus confines, sin tomar de ella la menor noción, y era que la naturaleza la había ocultado, rodeándola de una cadena de rocas que la hacían inaccesible, dejando tan solo un estrecho paso que conducía á un puerto admirable, el único de la isla.

Además, cuando los hombres buscaron traza para hacer esos inmensos descubrimientos que admiramos, los príncipes de la isla que conocían el poder de muchas hadas que habitaban en aquel país desde tiempo inmemorial, fueron á ellas, y les pidieron impidiesen que los curiosos diesen jamás con su privilegiada isla; y las hadas, circundaron esta de una nube tan espesa que nada á su través podía verse; traza bastante para engañar la perspicacia humana, pues ningún navegante soñó que en medio de aquellas sombras existiese el país más florido y encantador de todo el mundo.

Después de uno ó dos siglos en que seguros los príncipes de la isla en su inaccesibilidad, permanecían tranquilos, tuvieron la funesta curiosidad de saber qué era lo que pasaba en tierra firme, y enviaron de tiempo en tiempo algunos exploradores que estudiasen las costumbres y las cosas extrañas.

Las hadas que preveían cruentos males como producto de esta disposición, habían hecho á los príncipes las más sabias reflexiones para que desistiesen de su propósito.

—¿No sois felices? decían ellas á los insensatos: ¿no lo son también vuestros pueblos?.. ¿A qué, pues, queréis saber lo que pasa en otros, si no serán más que desgracias?

Pero esto no hizo más que escitar la curiosidad de los príncipes, que, en efecto, enviaron exploradores á quienes las hadas hicieron invisibles, y dieron el poder de volar de roca en roca hasta los más apartados confines.

Los esplotadores se habían dirigido por diversos puntos á las regiones del globo; y siendo de diferentes gustos y de ideas diversas, trajeron á su vuelta las noticias y los juicios más contradictorios. El uno, aterrado por las discordias civiles que había descubierto, tan ajenas de su corazón, decía que las naciones conocidas estaban habitadas por una humanidad de corazón de fiera; el otro, espantado por los vicios sociales cuya existencia tampoco había previsto, relató vigorosamente todo el odio que le inspiraban las terribles consecuencias de la envidia, de la ira, de la ambición, de la lujuria y de la gula, tan desarrolladas en los países que había visto; y por último, el otro, y el otro, y otros más que lo habían visto todo por el lado del color de ro-

sa, se deshacían en elogios y en panegíricos encumbrados acerca de la grandeza de los monarcas de tierra firme, de sus torneos, de sus altos hechos de armas, y del lujo de la ostentación de sus ciudades. No hallaban palabras para encarecer la cultura de los habitantes europeos, el lujo y la magnificencia del Asia, la riqueza de la América, ó el calor y el entusiasmo de los hijos de Omar; y sobre todo no sabían cómo espresar la sabiduría europea elaborando é inventando tantos medios para hacer cómoda y espléndida la existencia intelectual y física de los hombres.

Reunióse la corte para deliberar acerca de tan encontradas nuevas; y claro es que asistieron al consejo las hadas opositoras al exploramiento realizado. Confusos estaban todos al escuchar el debate de los viajeros que sostenían con fuego sus respectivas convicciones, cuando estendiendo la mano una de las hadas, exclamó:

—Lo veis? Hé aquí introducida la discordia!.. Hé aquí el germen de los males que os van á sobrevenir!.. ¿Quién tiene razón, queréis saber?... Os diré que todos. Sí, todos los exploradores han estudiado cada uno de los lados de la sociedad desconocida que buscáis; y reunidos los votos de cada uno forman el solo, el único juicio á que debemos atenernos. Los hombres que no conocemos son sabios, son magníficos, son superiores; pero las pasiones los dominan; y la lucha del bien y del mal que en ellos acontece los hace desgraciados. ¿Qué necesidad teneis de sufrir esos embates? Si ellos son superiores en el arte, vosotros lo sois en la naturaleza. ¿Para qué necesitáis su ostentación si sois sobrios? ¿Para qué sus comodidades si vuestra naturaleza las desafía? ¿Para qué sus artes si todo os sobra?

Las razones de la hada fueron consideradas en su valor por los príncipes, quienes procuraron borrar hasta el recuerdo de su exploración en los países limítrofes: conservóse empero entre los habitantes, una especie de curiosidad, que en vano se procuró ahogar; siendo las más severas leyes otros tantos alicientes para mantenerla de una en otra generación; por manera que aquellos descubrimientos, casi ignorados, empezaron á minar la dicha perpétua que en la ignorancia fundaban aquellos privilegiados seres.

Así pasaron los años, sucediéndose unos á otros los más pacíficos y prudentes monarcas en el dominio real de aquel desconocido Estado, cuando por una de esas combinaciones comunes á la naturaleza, quedó por reina de la Isla Inaccesible, la princesa Flora, joven de belleza extraordinaria, y ciega apasionada del brillo y de la superioridad humana. Hastiada de la monótona paz que se experimentaba bajo su imperio, sintió decidida inclinación á aprovecharse de las noticias que respecto al resto del mundo, si bien con asaz contrariedad é incertidumbre, había adquirido; y continuar las exploraciones, acabando por ponerse en contacto con tierra firme. El móvil de estos sentimientos era la ambición de la superioridad, y tal vez la del amor.

—¿Qué necios fueron mis antepasados!.. decía la reina á su favorita. ¿Cómo pudieron haber permanecido aquí oscurecidos, cuando en ese mundo tan amplio que se nos asegura existe, hubieran podido tener un lugar entre los héroes del universo? No, no: yo no les imitaré: quiero ser reina... una verdadera reina! Quiero ser conocida fuera del estrecho circuito en que domino.

Guardaba silencio la favorita.

—¿Por qué callas, Adelfa? la dijo la reina: ¿no piensas acaso como yo?

—Siento tener ideas opuestas á las de mi hermosa soberana, respondió Adelfa; mas debo decirlo lo que siento.

—Sí, sí, Adelfa; acuérdate de que te considero como mi mejor amigo y que sé estimar la sinceridad de tus consejos.

Pues bien, señora: creo que en esa empresa ganareis en brillo lo que vuestros vasallos perderán en tranquilidad.

—Tranquilidad!... ¿Y crees que mis vasallos están tranquilos?...

¿No sabes que todos los días nos llegan rumores de la impaciencia que domina al pueblo por descubrir ese *mas allá* que se le oculta?

—Infeliz de él, señora, si logra descubrirlo: lo que ahora padece con el choque de su ignorancia y de su deseo, no es mas que un leve preludio de los terribles males que le sobrevendrían con el roce de gentes extrañas.

—Adelfa, el pueblo es desgraciado de todos modos: no conoces cuán triste es ignorar.

—Ignorar; he ahí en lo que consiste la dicha.

—No, Adelfa; ¡estas en un error deplorable!... ¡Consistir la dicha en la ignorancia!... ¡Eso es blasfemar de Dios!... ¿Para qué se afaná tanto hasta dar acabada la portentosa organización humana, si su trabajo había de ser estéril?...

¿Será posible que llegue nuestra maldad hasta el punto de desairar sus preciosos y soberanos trabajos?

—Conozco, señora, que no puedo vencerlos en cuanto á esponer razones; pero hay en mi corazón un no sé qué, que me dice...

—Esto es hecho: haz reunir el consejo de hadas; y encárgate de escoger los exploradores de los vecinos países; así como de comunicarles mi voluntad. Quiero que recorran el mundo; quiero que examinen con cuidado esquisito lo que de mas grande y bello en él existe.

—Prestáronse las hadas á la voluntad de la reina, cuyo carácter habían formado, y que conocían no era flexible á la voluntad ajena cuando un convencimiento seguro y propio la animaba; y los exploradores, escogidos entre los mas fieles, inteligentes y perspicaces, volaron invisibles á evacuar su comisión.

No como los anteriores, se dispersaron por el globo, sino que marchando juntos, juntos hicieron los reconocimientos y observaciones necesarias, discutiendo sobre las disidencias, y optando por lo que á la mayoría parecía mas acertado: así al volver á su país lograron dar acerca de las cosas del mundo ideas mas seguras y menos contradictorias.

—Señora, dijo á la reina el jefe de los exploradores, despues de haber dado vuelta al mundo con sus compañeros: si no temblara por la responsabilidad que arrostró emitiendo una opinion despues de nuestros trabajos, os aconsejaría que para satisfacer vuestro deseo de brillar, sin afectar sino para su bien las costumbres de vuestros vasallos, os dignárais procurar la alianza con el monarca mas poderoso y benéfico de la tierra.

—Pues qué! exclamó la reina: existirá en el mundo un monarca que pueda satisfacer todo el lleno de mi ambicion, y procurar para mi país un bienestar de que sea ajena la ignorancia?

—Sí, gran reina: en uno de los apartados confines del mundo existe un pueblo dichoso por las leyes de su jóven soberano. Acreditado este en la guerra por su valor, en la paz por su consejo, y en sus obras por su benignidad y grandeza; llámasele el héroe del Asia, que es el país en que impera, desde donde es temido y admirado por todo el globo, en tanto que sus vasallos sienten los bienes de su administración privilegiada. Está rodeado y servido por la mas numerosa y espléndida de las cortes, en medio de una ostentación inimitable: los caballeros procuran tomarle como modelo; pero la sencillez majestuosa de sus maneras, y la belleza imponente de su rostro, constituyéndole uno de los dioses gentilicos, le hace incomparable entre todos. Las damas le dirigen á porfía sus obsequios, buscando en él con empeño una sonrisa de amor; pero siendo como es tan afable, tan caballero, ninguna ha podido vanagloriarse de haber fijado su jóven corazón...

—¿Qué pintura!... exclamó la reina.

—Os es tan semejante, señora, que parece predestinación: vos es-

quívais también los obsequios de vuestros caballeros; todo lo miráis con indiferencia... y en verdad que la vuestra es de las mas bellas cortes que he conocido.

—¿Pero á qué caballero de mi corte podreis comparar á ese gran rey?

—¡Oh! ¡él no se puede comparar con nadie!... ¿Qué contacto puede hallarse entre un astro y un satélite?

—¿Y creés que ese monarca, así como la ena mi ambicion por la pintura que acabas de hacerme, hará feliz á mi pueblo?

—Oh, creo que sí, señora.

—Pues bien, amigo mio, es preciso atraerle á mis estados.

—Pronto estará á llegar á nuestra isla, señora.

—¿Cómo!...

—Señora, he osado adelantarme á los deseos de V. M.: yo que he procurado estudiar la causa del tedio de mi reina, sacando en consecuencia lo que desea, he obrado por mi mismo. ¿Habré hecho mal procurando á mi reina el esposo mas digno, y á mi país la fraternidad y el apoyo del pueblo mas virtuoso de la tierra?

—¡No sé si habrás ido demasiado lejos!...

—Ved, señora, este retrato.

La reina quedó llena de asombro al contemplar en un medallón cuajado de pedrería de inestimable precio, el retrato del ser mas noble y hermoso que había visto.

—¡Oh!... exclamó: si sus virtudes corresponden...

—Su alma es superior á todo, señora...

—¿Pero cómo llega á mis estados?... ¿Qué móvil le conduce á ellos? dijo la reina ruborizándose.

—Vuestra belleza.

—¿Cómo!... ¡me conocel!...

—Sí, reina mia; conoce vuestro retrato, y desde el punto que llegó á verle, no halló sosiego, ni le hallará hasta depositar á vuestros pies, con su corazón, todo su poder y grandeza.

—Mas con qué permiso...

—Yo soy su enviado cerca de vos; decid una palabra de benevolencia y avanzará; haced un gesto de desaprobación, y huirá con la desesperación de no poder servirlos, sin que quede en el mundo ninguna dicha para él.

Una lágrima y un suspiro de la reina mostraron su voluntad.

Las hadas, inteligenciadas de lo que pasaba, presentáronse entonces á manifestar á Flora la satisfacción que les cabía de que habiéndose sido determinado por el destino que la Isla Inaccesible fuera conocida, disfrutase de la ventaja de poseer el excelente rey que la estaba deparado.

Inmediatamente despues, llegó á noticia de S. M. que la magnífica escuadra del monarca llegaba al puerto: las hadas habían disipado las sombras que circundaban la isla, y habían colocado sobre los dos enormes peñones que formaban la estrecha embocadura del puerto, dos inmensos globos de estrellas que iluminaban esplendorosamente el paisaje. Todos los pacíficos habitantes corrieron á ver aquella entrada triunfal de hombres de trajes nunca vistos, y fueron sorprendidos de la magnificencia y grandeza de las naves. El monarca desembarcó entre los aplausos de la multitud, y se dirigió al palacio real. La vista de la reina fué para él un rayo de gozo; el original era impoderablemente superior al retrato; en cuanto á ella, jamás había visto tanta arrogancia, tanta nobleza, tanta majestad, tanto amor reunidos en un hombre, y se sintió sojuzgada.

El casamiento se apresuró por instantes, y ambos monarcas fueron dichosos, haciéndolo también á sus vasallos.

La Isla Inaccesible sintió las ventajas de una civilización benéfica: y como estaba protegida por un pueblo sencillo y virtuoso, y por reyes magnánimos, no tuvo que sentir la pérdida de su pasada tranquilidad é ignorancia.

¡Cuán cierto es que todos los extremos son viciosos, y que el verdadero bien se halla en la moderada perfección de las ventajas de la sencillez, y de las de la superioridad de la inteligencia!